



“Siempre creciendo”. La conversión de san Ignacio de Loyola

Josep M. Rambla Blanch

RESUMEN

La conversión de Ignacio no fue algo instantáneo, sino un proceso de vivencias interiores que el santo tuvo que descifrar y que le llevaron a descubrir la acción de Dios y a responderle, dejándose transformar y enseñar por el mismo Señor. Un proceso largo, lento, agitado, doloroso y liberador que no pone fin a la conversión, sino que es el inicio de una conversión continua que alcanza hasta los momentos más elevados de la vida mística de Ignacio. La conversión de Ignacio es patrón de una vida cristiana mística y dinámica, “hacia” Dios y su Reinado, “siempre creciendo”.

213

PALABRAS CLAVE: Dios, Conversión, Discernimiento, Impedimento, Transformación, “Otro Hombre”, Conversión Continua.

La *Autobiografía* de san Ignacio es la respuesta al deseo de sus compañeros de conocer “cómo el Señor le había dirigido desde el comienzo de su conversión”¹. Siguiendo, pues, el relato ignaciano, junto con otros datos de la experiencia espiritual de Ignacio, podemos investigar cómo fue la conversión del santo y la significación que encierra para nosotros en la actualidad.

1. La conversión

1.1. Loyola: se abre el corazón

La conversión de Íñigo comienza a partir de una experiencia personal de apertura profunda a Alguien que irrumpe en su interior por entre los ensue-

¹ Fue Jerónimo Nadal quien manifestó este deseo al santo: *Prólogo de J. Nadal a la Autobiografía*, nn. 2 y 3. Llama la atención que estos son los dos únicos lugares en donde aparece la palabra conversión propiamente tal en los escritos ignacianos.

Josep M. Rambla Blanch

ños de su corazón. Una experiencia lenta, profunda y rica de Dios que le deslumbra, le seduce y al cual Íñigo responde con “un ánimo generoso encendido de Dios” [Au 9,3].

A Ignacio, una experiencia lenta, profunda y rica de Dios que le deslumbra, le seduce y al cual Íñigo responde.

¿Cómo era la vida de Íñigo antes de la conversión? Al inicio de la autobiografía leemos: “Hasta los 26 años de su edad fue hombre dado a las vanidades del mundo y principalmente se deleitaba en ejercicios de armas con grande y vano deseo de ganar honra” [Au 1,1]. Polanco completa este autorretrato: “Era aficionado a la fe,... pero no vivía nada conforme a ella, ni se guardaba de pecados, antes era especialmente travieso en juegos y en cosas de mujeres, y en revueltas y en cosas de armas”². Es decir, Íñigo no había abandonado la fe, e incluso tenía algunas manifestaciones de ella: se confiesa con

un compañero en Pamplona antes de la “batería” [Au 1,4] y después, en Loyola, recibe los sacramentos ante el riesgo de muerte [Au 3,3] y dice él mismo que “solía ser el dicho enfermo devoto de san Pedro” [Au 3,4]³. Es decir, Íñigo era un hombre de fe, pero muy alejado de la conducta propia de un buen cristiano.

214

En su convalecencia, la lectura de la vida de Cristo y de vidas de santos y sus sueños caballerescos le producen vivencias opuestas: “Había todavía esta diferencia: que cuando pensaba en aquello del mundo, se deleitaba mucho; mas cuando después de cansado lo dejaba, hallábase seco y descontento; y cuando en ir a Jerusalem descalzo, y en no comer sino hierbas, y en hacer todos los demás rigores que veía haber hecho los santos; no solamente se consolaba cuando estaba en los tales pensamientos, más aun después de dejado, quedaba contento y alegre” [Au 8].

Esto lo recuerda Ignacio pasados más de treinta años, pero entonces “no miraba en ello, ni se paraba a ponderar esta diferencia” [Au 8,4]. Es decir, Íñigo experimenta algo que ocurre en su interior, pero no capta todavía su significación ni inicia ningún cambio de orientación de la vida. Sin embargo, lo decisivo no es el percibir estos movimientos interiores, sino descifrar su procedencia, cosa que ocurrió al cabo de poco: “Hasta en tanto que una vez se le abrieron un poco los ojos, y empezó a maravillarse desta diversidad y a hacer reflexión sobre ella, cogiendo por experiencia que de unos

² Sumario, n. 4; FNI, 154; A. ALBURQUERQUE, *Diego Laínez, S.J. Primer biógrafo de S. Ignacio*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2005, 127.

³ Puede verse: J. M. RAMBLA, «Del gentilhomme Íñigo a San Ignacio de Loyola: una eclesialidad progresiva»: *Manresa* 84 (2012) 111-125.

“Siempre creciendo”. La conversión de san Ignacio de Loyola

pensamientos quedaba triste y de otros alegre, y poco a poco viniendo a conocer la diversidad de los espíritus que se agitaban, el uno del demonio, y el otro de Dios” [Au 8,4-5]. La conversión empieza, pues, por la iniciativa de Dios, sin que Íñigo le busque. Y la acción de Dios se revela por su profundo atractivo: gusto y deleite.

Con la toma de conciencia y la reflexión sobre el origen de estos pensamientos, empieza el cambio. No es, pues, el disgusto de la vida pasada, sino el atractivo de Dios, lo que incita a Íñigo a la reflexión y luego al cambio de rumbo: “Y cobrada no poca lumbre de aquesta lección, comenzó a pensar más de veras en su vida pasada, y en cuánta necesidad tenía de hacer penitencia della” [Au 9,1]. O sea que al inicio de la conversión le ha precedido una larga experiencia de movimientos interiores y la reflexión sobre ellos, una profunda experiencia afectiva junto con el recurso al discernimiento.

Y, aun reflexionando sobre su vida pasada, sus pensamientos se le iban al futuro a una vida nueva, imitando los santos. “Y aquí se le ofrecían los deseos de imitar los santos, no mirando más circunstancias que prometerse así con la gracia de Dios de hacerlo como ellos lo habían hecho. Mas todo lo que deseaba de hacer, luego como sanase, era la ida de Jerusalén, como arriba es dicho, con tantas disciplinas y tantas abstinencias, cuantas un ánimo generoso, encendido de Dios, suele desear hacer” [Au 9,2-3]. Notemos estas últimas palabras que reflejan el motivo teológico de la conversión y el dinamismo de la caridad en el converso Íñigo.

Todavía hay un momento de gran importancia, el de la mediación de María, cuando Íñigo llega a sentir asco de su vida pasada, sobre todo de los pecados de la carne: “Estando una noche despierto, vido claramente una imagen de nuestra Señora con el santo Niño Jesús, con cuya vista por espacio notable recibió consolación muy excesiva, y quedó con tanto asco de toda la vida pasada, y especialmente de cosas de carne, que le parecía habérsele quitado del ánimo todas las especies que antes tenía en ella pintadas” [Au 10,2-3]. Un cambio de la sensibilidad, que le ayudará a hacer eficaz la voluntad de conversión.

El cambio que se produce en Íñigo se trasluce exteriormente en su comportamiento: “Mas así su hermano como todos los demás de la casa fueron conociendo por lo exterior la mudanza que se había hecho en su ánimo interiormente” [Au 10,5]. Es más, ya siente la necesidad de ayudar a las ánimas: “El tiempo que con los de casa conversaba, todo lo gastaba en cosas de Dios, con lo cual hacía provecho en sus ánimas” [Au 11,1]. Incluso pensaba cómo poder ayudar a los demás en el futuro: “Algunas cosas que observaba en su alma y las encontraba útiles, le parecía que también po-

Josep M. Rambla Blanch

drían ser útiles a otros, y así las ponía por escrito” [Au 99,2]. Su corazón se va abriendo a las amplias dimensiones del evangelio.

Veamos en su conjunto la rica experiencia espiritual que Íñigo vive durante la convalecencia de Loyola:

La conversión no es un acontecimiento circunscrito a un tiempo determinado, sino un proceso.

- *La iniciativa de Dios.* La conversión se inicia desde fuera, desde la acción de Dios que actúa mediante el testimonio de Jesucristo y también de los santos y la mediación de María. Esta acción no consiste solo en el atractivo exterior del testimonio, sino en el impacto en el interior de Íñigo, en las mociones. Es decir, no es la atracción de una vida moral recta lo que mueve a Íñigo, sino unas vivencias personales interiores, que se completan con el

don de una sensibilidad nueva. La conversión consiste, pues, principalmente en el atractivo de Dios.

- *La respuesta.* La conversión no es un acontecimiento circunscrito a un tiempo determinado, sino un proceso. Íñigo toma conciencia de los movimientos interiores y sigue con la ulterior reflexión y discernimiento. El mismo peregrino se referirá a este episodio de Loyola como primera iniciación en el discernimiento [cf. Au 99,3]. Dios se halla tanto en el origen como en el fin de la conversión: porque Dios mismo se comunica y mueve mediante un impulso interior positivo (deleite, contento) y la unión con Dios es el término hacia el cual tiende la conversión. Es una conversión “hacia”, más que “desde”, que se va transparentando en el comportamiento exterior, incluso con el deseo y la práctica de aprovechar espiritualmente a los demás y se concreta en una primera decisión: peregrinar a Tierra Santa como lo hicieron los santos.

Íñigo parte, pues, de Loyola, con un corazón nuevo, un corazón abierto, «no teniendo ya tanto ojo a satisfacer por sus pecados, sino agradar y aplacer a Dios» [Au 14,2]⁴.

1.2. Monserrat: Peregrino

El cambio operado en el interior de Íñigo pone enseguida en movimiento al recién converso hacia Tierra Santa. Pero antes deberá realizar su

⁴ En Loyola, cautivado por Dios, Íñigo alcanza ya lo que algunos consideran el tercer grado de la conversión, la *conversión mística*. En este grado, Dios no es ya solo el *factor significativo* o el *factor dominante*, sino el *factor único* del converso. Cf. P. DIVARKAR, *La senda del conocimiento interno. Reflexiones sobre los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola*, Sal Terrae, Santander 1984, 90-91.

“Siempre creciendo”. La conversión de san Ignacio de Loyola

reconciliación eclesial y reestructurar su vida cristiana. Porque, aunque muy generosa, aquella alma estaba ciega y quería agradar a Dios haciendo las penitencias que veía en la vida de los santos y aún mayores, “obras grandes exteriores... para gloria de Dios” [Au 14,5]. Quería emular las hazañas de los santos, pero “sin discreción”, como lo confirma el mismo santo en el curioso y conocido episodio del encuentro con “un moro, caballero en un mulo” [cf. Au 15].

En Montserrat, Íñigo añade al proceso de conversión un cambio público, inspirándose en parte en los ritos caballerescos tan familiares para él y, sobre todo, en la liturgia y piedad del santuario mariano. Primero hace una larga confesión general, porque aunque ya se había confesado anteriormente en Loyola, como lo atestigua él mismo [cf. Au 3,3; 17,6], quiere realizar una confesión que será la regeneración de toda su vida. La Iglesia y la mediación del confesor consagran el proceso de conversión iniciado en el interior de Íñigo que ahora se une enteramente con Dios en la comunidad eclesial representada por el confesor.

Luego abandona la mula dejándola a cargo del confesor, quien también se ocupará de colgar la espada y el puñal en la iglesia como *ex voto*. Y en la vigilia de la Anunciación “se fue lo más secretamente que pudo a un pobre, y despojándose de todos sus vestidos, los dio a un pobre, y se vistió de su deseado vestido, y se fue a hincar de rodillas delante del altar de nuestra Señora; y unas veces de esta manera, y otras en pie, con su bordón en la mano, pasó toda la noche” [Au 18,1-2]. Íñigo se ha convertido en el peregrino, vestido con “las armas de Cristo” [Au 17,3].

El confesor de Montserrat “fue el primer hombre a quien descubrió su determinación [sus intenciones profundas], porque hasta entonces a ningún confesor lo había descubierto” [Au 17,6]. Sin duda, fue también la persona que inició a Íñigo en una vida espiritual más honda y personal que le servirá para seguir ya más ordenadamente, con más método, sus prácticas espirituales en Manresa⁵.

La conversión iniciada en Loyola se *sacramentaliza* en Montserrat, es decir, se expresa exteriormente con la confesión sacramental, con el cambio de vestidos y con la vigilia de oración en el templo ante Nuestra Señora, en la fiesta de la Encarnación. Y ocurre un hecho que es el inicio de una constante en la vida de Ignacio, su amor a los pobres: da sus vestidos a un pobre y derrama las primeras lágrimas después que salió de su tierra de compasión por el pobre “porque entendió que lo vejaban” [cf. Au 18,1; 5-7].

⁵ Como es sabido, el monje Juan Chanon puso a Íñigo en contacto con la espiritualidad metódica de la *devotio moderna*.

Josep M. Rambla Blanch

Ahora le espera al peregrino la plena formación, que se realizará en la escuela del Señor que le va a enseñar “de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño, enseñándole” [Au 27,4].

1.3. Manresa: “otro hombre”

a) La plenitud de la conversión

Providencialmente, la peregrinación a Tierra Santa sufre una demora y la estancia en Manresa se alarga. Aquí, aquella alma que se hallaba “sin tener ningún conocimiento de cosas interiores espirituales” [Au 20,1; cf. 21,5], va a recibir la mayor iluminación de su vida con una transformación personal tan grande que marcará su porvenir. Fue, como decía el mismo Ignacio “su primitiva iglesia”⁶.

Porque, aunque movido por una gran buena voluntad, Íñigo ha de cambiar personalmente, desde sus actitudes y hábitos profundos hasta sus manifestaciones personales exteriores. De aquí que emprenda una despiadada batalla contra sí mismo, en lo exterior y en lo interior⁷. Va a hospedarse en un hospital, con los pobres [cf. Au 18,4], y “demandaba en Manresa limosna cada día. No comía carne, ni bebía vino, aunque se lo diesen” [Au 19,1]. Pero no era solo su cuerpo, sino sus inclinaciones profundas lo que debía ir transformando y “porque había sido muy curioso de curar el cabello, que en aquel tiempo se acostumbraba, y él lo tenía bueno, se determinó dejarlo andar así, según su naturaleza, sin peinarlo ni cortarlo, ni cubrirlo con alguna cosa de noche ni de día. Y por la misma causa dejaba crecer las uñas de los pies y de las manos, porque también en esto había sido curioso” [Au 19,1-3]. La conversión del peregrino es una experiencia holística, ya que se convierte el hombre entero: abandono de cabellos y uñas, posición de rodillas y práctica de disciplinas y ayunos.

Sin embargo, la lucha no es solo en el exterior, sino que el peregrino ha de pasar por la terapia interior. Aquel caballero que había aguantado toda una “carnecería” solo con “apretar mucho los puños” [Au 2,5] y “se determinó martirizarse por su propio gusto” [Au 4,4], ahora se las tiene que haber con una cruenta transformación interior y pasa por penitencias, con-

⁶ LAÍNEZ, *Carta*, n. 59; FN I, 140; ALBURQUERQUE, 210.

⁷ W. W. MEISSNER escribe: “Íñigo llevó consigo esas mismas cualidades a su vida posterior a la conversión. No esperó a que lo llevaran a escalar la montaña espiritual; la tomó por asalto” (*Ignacio de Loyola. Psicología de un santo*, Anaya / Muchnik, Madrid 1995, 401). Creo que el psicólogo acierta en el retrato de Íñigo en los primeros pasos de su conversión, pero el santo fue aprendiendo pronto que no debía “anticiparse al Espíritu” (cf. J. NADAL, *Dialogus secundus*, n. 17, FN II, 252).

“Siempre creciendo”. La conversión de san Ignacio de Loyola

fesiones repetidas, largas oraciones, escrúpulos torturantes, depresión hasta la tentación de suicidio. Reacciona con un ayuno agotador y los repetidos propósitos de no ceder a sus sutiles cavilaciones. Y también aprende a resistir a las tentaciones con apariencia de bien: dedicar excesivo tiempo a pensar en las cosas de Dios con perjuicio del tiempo necesario para dormir [cf. *Au* 26,2-4] o a dejarse encantar por unas visiones como de serpiente con unos ojos deslumbrantes [cf. *Au* 19,4-6; 31,2-4]. Se sumerge en la oración, hasta la humillación de sentirse como un perrito faldero dependiente de la voluntad de su amo [cf. *Au* 23,6]. Todas estas cosas, que él describe con todo detalle en su relato autobiográfico, las vive con repetidos recursos a los confesores que, con mayor o menor acierto, tratan de pacificarle, de iluminarle, de guiarle. Y también intervienen en este prolongado trabajo espiritual otras mediaciones: procesiones, misas, vísperas... Poco a poco, con la dura experiencia de la lucha interior, va progresando en la capacidad de distinguir mejor las mociones que en su alma se producen y de reaccionar convenientemente. Y, a medida que es consolado por Dios, “vio el fruto que hacía en las almas tratándolas” [*Au* 29,3] y así el encuentro con Dios le lleva espontáneamente a *ayudar a las almas*.

Sin embargo, lo decisivo vino de la acción de Dios. “En este tiempo le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño enseñándole” [*Au* 27,4]. Íñigo está tan convencido de que es Dios mismo quien le instruye que “siempre ha juzgado que Dios le trataba desta manera; antes si dudase en esto, pensaría ofender a su divina majestad” [*Au* 27,5]. Como la vida cristiana no es solo un impulso generoso y subjetivo, sino la respuesta de fe a Dios que nos une con él en su obra de redención, el mismo Dios va instruyendo al peregrino sobre el contenido de esta fe, “de suerte que en obra de un año que estuvo en Manresa, tuvo tanta lumbr del Señor, que en casi todos los misterios de la fe fue especialmente ilustrado y consolado del Señor, y singularmente en el misterio de la Trinidad”⁸. El mismo Ignacio transmite con orden y detalle la enseñanza de su Maestro: sobre la Trinidad, sobre la creación, sobre la presencia eucarística, sobre la humanidad de Cristo, sobre la Virgen María [cf. *Au* 28-29]. Y le enseña con tal hondura, que el peregrino llega a afirmar: “estas cosas que ha visto le dieron tanta confirmación siempre de la fe, que muchas veces ha pensado consigo: si no hubiese Escritura que nos enseñase estas cosas de la fe, él se determinaría a morir por ellas solamente por lo que ha visto” [*Au* 29,9].

El peregrino ha ido ganando en claridad y seguridad, pero ahora Dios

⁸ LAÍNEZ, *Carta*, n. 12; *FN I*, 82; ALBURQUERQUE, 143.

Josep M. Rambla Blanch

coronará su acción con una extraordinaria iluminación. Aquella persona que, de camino hacia Montserrat, reconoce que es muy generosa, pero ciega [cf. *Au* 14,1], ahora se siente regalada con una nueva inteligencia de las cosas de la fe, de la vida espiritual y del mundo, de modo “que le parecían todas las cosas nuevas” y “le parecía como si fuese otro hombre y tuviese otro intelecto que tenía antes” [*Au* 30,2.4]. Este “otro” expresa el cambio, o sea la conversión, completa, sustancial, que se ha realizado en Íñigo. Esta iluminación fue la ayuda definitiva de su vida [cf. *Au* 30,4], de modo que, en los años de la fundación de la Compañía de Jesús, Ignacio se referirá a esta gracia recibida junto al río Cardener para tomar algunas determinaciones relativas a la vida de la orden⁹.

En esta tercera etapa, se completa el proceso propiamente dicho de la conversión. No se trata de un cambio de dirección de la vida, ni de la comunión eclesial, sino de un cambio entero de la persona, de una integración de la totalidad de la persona en la orientación de la vida hacia Dios, pero en el mundo. Un cambio realizado a través de mediaciones muy diversas (largas oraciones, ayunos y otras penitencias, confesiones, trato con personas piadosas, etc.), pero sobre todo mediante la enseñanza del “maestro de escuela”. La conversión se extiende a comportamientos exteriores personales; a actitudes y hábitos; al progreso en el discernimiento; a la comprensión creyente profunda de los misterios de la fe; y, como culminación, a la recreación de todo el ser para vivir la propia vida y el encuentro con Dios en el mundo ayudando a las almas.

220

b) ¿Otro hombre?

Hemos leído en la anotación complementaria de Câmara: “Le parecía como si fuese otro hombre” [*Au* 30,4], porque en Ignacio se da un cambio profundo, total. Pero la conversión no supone una discontinuidad o ruptura con lo más propio de su natural. Más bien la conversión de Ignacio se produce “a partir de un temperamento orientado enteramente hacia la gloria y grandeza humana; un cambio espiritual realizado evidentemente bajo la acción del Espíritu, cuyo efecto es someter al designio de Dios todas las capacidades naturales del ser y del actuar”¹⁰.

⁹ “A estas cosas todas se responderá con un negocio que pasó por mí en Manresa”: *Memorial de Câmara*, n. 137; FN I, 610; *Recuerdos ignacianos. Memorial de Luis Gonçalves da Câmara*, versión y comentarios de B. HERNÁNDEZ MONTES, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 1992, 117.

¹⁰ A. RAVIER, *Les Chroniques de Saint Ignace de Loyola*, París, Nouvelle Librairie de France 1973, 307.

“Siempre creciendo”. La conversión de san Ignacio de Loyola

Detengámonos algo en este aspecto de la conversión. En unas pocas líneas al comienzo del relato ignaciano, Íñigo aparece valeroso, noble, independiente y libre con una cierta capacidad de liderazgo [cf. *Au* 1,2-3]. Laínez dice de Ignacio que “cuanto a la natura, era, aun en el mundo, ingenioso y prudente y animoso y ardiente”¹¹. Y Polanco, después de ponderar que era de “grande y noble ánimo”, que nunca tuvo odio a nadie, que era generoso en dar a los demás de lo que tenía; y después de poner de relieve su ingenio, su prudencia, su facilidad de trato y su capacidad para reconciliar a los adversarios, dice: “se mostraba siempre para mucho; [...] se veía en él subiecto que había Dios hecho para grandes cosas”¹². Por su parte, Nadal ilumina así el sentido del cambio de Íñigo en “otro hombre”: “Y como era magnánimo y de muy noble y generoso ánimo [...], con esta lección comenzaron a venir muchos buenos pensamientos [...] y determinarse de seguir las buenas mociones e inspiraciones y servir a nuestro Señor con aquel ánimo generoso que tenía, y hacer lo más que pudiese por su amor y su mayor honra y gloria”¹³.

Así podemos concluir que la conversión de Ignacio es la transformación en otro hombre, pero a partir de sus mismas cualidades naturales orientadas hacia el servicio de Dios por amor. La conversión, al implicar a toda la persona de Íñigo, asume todas sus cualidades y, sin eliminar su originalidad, las eleva.

221

2. De la conversión a la conversión continua

Ignacio, poco tiempo antes de su muerte, confiesa “que había hecho muchas ofensas a nuestro Señor después que había empezado a servirle, pero que nunca había consentido en pecado mortal” [*Au* 99,6]. Estas palabras nos conducen a prolongar nuestro estudio sobre el sentido de la conversión en san Ignacio.

Sin duda que el carácter positivo de la conversión “hacia”, más que la conversión “desde”, inspiraría la conversión continua del santo. Dios, y su voluntad continuamente buscada para cumplirla, está siempre presente en el horizonte espiritual del santo y mueve su impulso de constante conversión. Ignacio se mueve no tanto por el dolor del pecado cometido, cuanto por la herida interior del amor. A este propósito son muy significativas las palabras dirigidas a Francisco de Borja:

¹¹ *Carta*, n. 2; *FN I*, 72; ALBURQUERQUE, 127-128.

¹² Sumario, n. 5-6; *FN I*, 155-156; ALBURQUERQUE, 129-130.

¹³ J. NADAL, *Pláticas de Alcalá*, 1561 (*FN II*, 186-188).

Josep M. Rambla Blanch

“Antes que venga la [...] gracia y obra del Señor nuestro, ponemos impedimentos, y, después de venida, lo mismo, para en fin de conservarla [...]. Yo para mí me persuado, que antes y después soy todo impedimento; y desto siento mayor contentamiento y gozo espiritual en el Señor nuestro, por no poder atribuir a mí cosa alguna que buena parezca; sintiendo una cosa [...] que hay pocos en esta vida, y más echo, que ninguno, que en todo pueda determinar, o juzgar, cuánto impide de su parte, y cuánto desayuda a lo que el Señor nuestro quiere en su ánima obrar»¹⁴.

El santo reconoce que no sólo antes de la conversión ponía impedimentos a lo que el Señor quería obrar en él, sino aún después de la conversión y cuando ya había recibido grandes “gracias, dones y gustos del Espíritu Santo” ponía resistencias personales a la acción de Dios en su alma. Sin embargo, el horizonte de esta experiencia es absolutamente luminoso y positivo, ya que no lamenta tanto el mal o el pecado, cuanto la falta de acogida de los dones desbordantes de Dios. Es decir, “cuánto desayuda a lo que el Señor nuestro quiere en su ánima obrar”. Por esto el resultado de esta experiencia no es la tristeza, ni el descorazonamiento, ni la pusilanimidad, sino una humildad gozosa. Experiencia, pues, de conversión no solo saludable, sino, paradójicamente, fuente de dicha.

222

Naturalmente, a partir de esta conciencia de ser impedimento a la acción de Dios, se comprende que Ignacio preste una atención cuidadosa a su vida interior. Dice Laínez: “Tiene tanto cuidado de su consciencia, que cada día va confirmando semana con semana y mes con mes y día con día, y procurando cada día de hacer provecho”¹⁵. Polanco da una versión con matices distintos: “Examinaba su conciencia dos veces al día. Y no solo examinaba los defectos, sino también el provecho espiritual y comparaba un día con otro”¹⁶.

Este examen tan atento lo practica cuando se halla en el más alto nivel de su vida espiritual. Según Laínez: “Me acuerdo que me decía [Ignacio] que en las cosas agora de Dios nuestro Señor más se había *passive* que *active*; lo cual personas que contemplan [...] ponen en el último grado de perfección”¹⁷. Estando el santo un día con el P. Nadal, le dijo: “Ahora mismo estaba más alto que el cielo”. Y comenta Nadal: “Según me parece, había tenido algún éxtasis o algún raptó, como le ocurría con frecuencia”¹⁸. Como podemos ver, en las alturas en que se mueve el santo, el convertirse es una apertura cada día mayor a la inmensidad de Dios.

¹⁴ Carta de fines de 1545: *Obras de san Ignacio*, Madrid, BAC Maior 2013, 709.

¹⁵ *Carta*, n. 59; FN I, 138-140; ALBURQUERQUE, 209.- Cf. CÁMARA, *Memorial*, n. 24; FN I, 542; *Recuerdos*, 54-55.

¹⁶ J. DE POLANCO, *De vita P. Ignatii et de Societatis Iesu initiis*, n. 57, FN III, 558.

¹⁷ *Carta*, n. 59; FN I, 138-140; ALBURQUERQUE, 209.

¹⁸ Prólogo del P. J. NADAL a la *Autobiografía* de san Ignacio, n. 2.

“Siempre creciendo”. La conversión de san Ignacio de Loyola

De esto da una prueba clara su *Diario espiritual*, donde con una transparencia absoluta se nos revela el nivel de la unión con Dios de Ignacio y a la vez su conciencia de pequeñez y de necesidad de conversión. Las pocas, pero densas, páginas del diario reflejan una vida espiritual de una intimidad mística con Dios deslumbrante y, a la vez, en ellas consta también la conciencia de Ignacio de haber ofendido a Dios en alguna ocasión y de la consiguiente necesidad de perdón. Es ya conocido el episodio de Ignacio que se siente turbado por el ruido que oye mientras él está embebido en íntima oración con la Trinidad: “El punto o tentación lo ha ocasionado el levantarme de la oración para hacer callar a los que hablaban en la sala y me quedé vacilando entre si debía hacer callar o no”¹⁹. Esta desatención a la Trinidad la considera una falta que pide penitencia y perdón:

“Conociendo haber mucho faltado en dejar las personas divinas al tiempo de dar gracias el día pasado, y queriéndome abstener de decir misa de la Trinidad, que pensaba decirla, y tomar por intercesores a la Madre y al Hijo, porque se me fuese perdonado, y restituido a la primera gracia [...]. Sentía una íntegra seguridad que el Padre eterno me restituiría a lo pasado [...]. Viendo y sintiendo los mediadores, con grande seguridad de alcanzar lo perdido” [De 23-25].

223

Y, más adelante, vuelve a pedir perdón “suplicando a Jesús me alcance-se perdón de la Santísima Trinidad” [De 73], por haber insistido, con deseo desordenado, en pedir confirmación de su elección.

Uno queda sobrecogido al leer estas líneas de tan sublime experiencia espiritual que, según testimonio de Laínez, “lo que había tenido en Manresa [...] era poco en comparación de lo de ahora”²⁰. En esta vida mística se revela la gran sensibilidad del amor que aprecia aún los más mínimos detalles que pueden dañarlo, detalles nunca nimios para quien ama²¹. Y también se percibe una imponderable, espontánea y profunda familiaridad con Dios y también con María. Ignacio reconoce la falta, se duele de ella, pone una reparación, pide perdón, pero no duda del amor de Dios que le perdona, le restituye al estado anterior, desde el cual irá “creciendo en devoción” [Au 99,7].

¹⁹ Esto según el texto acomodado de S. THIÓ. El original dice: “La ocasión el levantarse de la oración por hacer callar o no”. Ver el interesante comentario de S. THIÓ en: *La intimidad del Peregrino. Diario espiritual de San Ignacio de Loyola*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao – Santander 1990, 59-61.

²⁰ *Carta*, n. 59; FN I, 140; ALBURQUERQUE, 210.

²¹ A la luz de este episodio de la experiencia mística de Ignacio, se comprende mejor el significado de la anotación 3ª de los Ejercicios: “cuando hablamos vocalmente o mentalmente con Dios nuestro Señor o con sus santos, se requiere de nuestra parte mayor reverencia que cuando usamos del entendimiento entendiendo” [Ej 3,2-3].

Josep M. Rambla Blanch

Desde este punto de vista puede decirse que en Ignacio se da conversión en toda la vida, conversión continua²², una expresión del *más* que caracteriza la espiritualidad nacida de los Ejercicios: en el camino hacia Dios siempre hay que elegir “lo que *más* conduce” [Ej 23], y el camino es Jesús, el Señor a quien hay que “*más* amarle y seguirle” [Ej 104]. La conversión es, pues, el reverso de un amor que siempre crece y se afina y nunca dice basta, es un pasar del *acto* de la conversión al *estado* de convertirse. “Siempre creciendo en devoción, es decir, en facilidad de hallar a Dios” [Au 99,7]. Convertirse es un ascenso, no es tanto un moverse *desde*, cuanto un crecer *hacia* que dura *siempre*. La conversión es el revés del bello tapiz de una vida en unión continua con Dios, cuyo amor atrae sin cesar y abrasa todas las actitudes que en el santo, peregrino, todavía se le resisten.

Y conviene poner de relieve que, en el centro de las vivencias místicas de Ignacio, está presente y operante un dinamismo apostólico. En efecto, Ignacio experimenta las más sublimes comunicaciones de Dios mientras elabora las *Constituciones* de la orden [cf. Au 100]²³, que tiene como fin la ayuda a los prójimos, y en esta experiencia va purificándose, es decir, vive una conversión continua. Una experiencia que prolonga y culmina aquellos deseos de ayudar a los demás que Íñigo ya sentía en Loyola [cf. Au 11,1] y que maduraron en Manresa, cuando “vio el fruto que hacía en las almas tratándolas” [Au 29,3].

224

3. Conclusiones

Al terminar este análisis sobre la conversión en san Ignacio, podemos llegar a estas conclusiones.

a) *Dios*. La iniciativa de la conversión la tiene Dios, que mueve desde dentro y a través de mediaciones, y no un ideal moral por elevado que sea. La dimensión mística es la prevalente en la conversión, que es una elevación hacia Dios, una vida hacia adelante y hacia arriba. La vida de Ignacio, hasta el fin de sus días fue una incesante peregrinación, “un peregrino que sube y baja de las alturas de la divinidad”²⁴.

²² La psicología confirma este carácter de proceso continuo de la conversión de Ignacio: “La transformación no fue un acontecimiento repentino o culminante, sino un proceso lento que comenzó durante su convalecencia fue sometido a su definitiva reconstrucción en la cueva de Manresa y finalmente se realizó en la extraordinaria carrera de Ignacio” (MEISSNER, *op. cit.*, 96).

²³ Al final de la *Autobiografía*, Ignacio cuenta la manera que tenía de componer las *Constituciones* en profunda intimidad con Dios y con sublimes confirmaciones espirituales y le enseñó a Cámara unos papeles en donde “se trataba sobre todo de visiones que tenía como confirmación de algún punto de las Constituciones: unas veces veía a Dios Padre, otras a las tres personas de la Trinidad, otras veces a la Virgen que estaba intercediendo y otras que estaba confirmando” [Au 100,3].

²⁴ I. IPARRAGUIRRE, *Obras de san Ignacio*, Madrid, BAC Normal 1953 (Ed. revisada BAC Maior 2013⁷), 300, nota 51.

“Siempre creciendo”. La conversión de san Ignacio de Loyola

b) *Conversión*. La conversión es, pues, una tensión constante: avanzar hacia Dios en servicio a los demás y deshacerse de lo que retiene a la persona en el mal o en el pecado. Es una acción positiva, concentrarse del todo “hacia” Dios y su reinado. De aquí la importancia del examen, como atención a la vida personal como diálogo existencial con Dios.

c) *Proceso*. La conversión es gradual, tiene momentos diversos. Un momento es el cambio de rumbo, otro la integración y la transformación de la persona entera y otro tiempo, extendido a lo largo de la vida²⁵, es una constante actitud de búsqueda de Dios, que envía a “ayudar a las ánimas”, hasta que él lo sea todo en la persona creyente. Como la nave que hace una travesía, la persona entera está implicada en la conversión, no sólo algunos actos, sino todo el hombre y en todo momento de la vida.

La conversión de Ignacio es, pues, una potente inspiración para el progreso en la vida cristiana, por su sentido teologal positivo y estimulante, su mirada servicial al mundo y por su exigencia de compromiso personal en constante disponibilidad a un Dios que sigue llamándonos desde lo más profundo de cada uno en la totalidad de nuestra vida para los demás, a través de continuas y variadas mediaciones, hasta el momento en que Dios lo será “todo en todos y en todo” (cf. 1Co1 5,28). En verdad, hoy día, “al recordar a San Ignacio de Loyola y su conversión, encontramos aliento”²⁶.

225

²⁵ Me parece interesante destacar que Lutero, en 1517, en la primera de sus tesis sostenía que toda la vida cristiana es conversión: “*Dominus et magister Jesus Christus dicendo: Penitentiam agite, omnem vitam fidelium penitentiam esse voluit*”.

²⁶ Carta del P. Arturo Sosa, Superior General de la Compañía de Jesús: *La oportunidad del Año Ignaciano 2021-2022* (31 de julio de 2020).